

ROBERTO FERRO

FUSILADOS AL AMANECEER

Rodolfo Walsh y el crimen de Suárez

Editorial Biblos
Teoría y crítica

ROBERTO FERRO

FUSILADOS AL AMANECER

Rodolfo Walsh y el crimen de Suárez

A Ramón Plaza

Editorial Biblos

Índice

Introducción

Tras los papeles de Walsh.....	13
1. Aproximaciones a una cartografía incesante.....	19
El oficio de escritor	19
Antes de Cuba, el <i>Caso Satanowsky</i>	21
En busca de la literatura perdida	25
De los textos y sus géneros.....	29
Los años de <i>¿Quién mató a Rosendo?</i>	31
Un libro abierto.....	38
2. Un periodista muy oscuro.....	41
Un cuento extraño.....	41
Antes y después del golpe.....	42
Arriesgando el capital.....	44
3. El 9 de junio de 1956.....	53
La caída del peronismo	53
Una insurrección anunciada.....	54
El crimen de Suárez	55
Una voz en la ventana	57
4. La denuncia en <i>Propósitos</i>	59
El hombre que mordió al perro	59
Castigo a los culpables	60
5. La entrevista a Livraga	63
Hay un fusilado que habla	63

La entrevista sigue inédita	65
Alguien se atreve a publicarla	68
Las hojitas amarillas llegan a los kioscos	69
6. La investigación sigue en <i>Revolución Nacional</i>	73
Calle de la amargura: Hipólito Yrigoyen 4519	73
La mujer que está sola y espera.....	75
Los informes de Atilas	76
El enterrado vivo.....	77
Ante todo, la verdad	79
El exiliado del fondo	80
Los pasos tras las huellas.....	81
7. El libro que no encontraba editor.....	85
De <i>Fusilados al amanecer</i> a <i>Operación Masacre</i>	85
La edición de <i>Mayoría</i>	88
La otra trama	91
Vida cotidiana y detención	91
Los oficios terrestres	92
Los libros y el mundo	94
Inquisición y no saber.....	95
Los lugares de tránsito	95
Las persianas, las puertas, las mirillas, las cerraduras.....	97
Siniestro basural	100
La radio y el tiempo	104
Hay sangre en la biblioteca	107
Los espectros de Shakespeare	108
Las reescrituras sin fin.....	109
8. El relato continúa	113
La política gana la partida	113
La aguerrida prensa nacionalista	117
Trasposición de jugadas	119
La confesión de un hombre abatido y sombrío	120
El día de justicia no llega	122
El asesino tiene quien lo ascienda	123
La respuesta fue siempre el silencio	125
9. En el comienzo hubo una entrevista:	
el <i>Ur-texto</i> de <i>Operación Masacre</i>	127
Transiciones genéricas y temáticas	127
<i>Las variaciones perdidas</i>	127
<i>La voz y el relato</i>	130

<i>Entre el testimonio y la novela</i>	134
<i>Las palabras y los otros</i>	136
<i>Cuestión de género</i>	138
<i>Los pasajes</i>	139
Estructuración retórica.....	140
Permanencia y movilidad	144
En el principio fue una voz.....	146
10. Una crónica de la campaña periodística	147
11. Después de Rodolfo Walsh	153
Bibliografía selecta	157

En primer lugar y en sólo una página una sola
 vez, en algún momento, y al algún punto espero y
 sé que que sea una vez, en el de entre todos mi
 tiempo de vida.

José Carlos Mariátegui

En octubre y diciembre de 1968 dicté en el Centro Cultural San Martín en asociación con un título tan atractivo como desalentado "La novela en Latinoamérica". En ese período aún se conservaba un activo entusiasmo por el reciente regreso de la democracia, las actividades que se hacían en el Centro Cultural San Martín, por entonces dirigida por Javier Barón, involucraban a dos artistas tan numerosos que hoy, al recordar, me genera alegría y una cierta envidia modulada por la nostalgia. En el momento de seleccionar el programa, tuve la ocurrencia provocativa de proponer la lectura crítica de *Operación Masacre* con un libro sobre la novela latinoamericana, aludiendo a Rodolfo Walsh, en primer lugar a Roberto Arlt, Alvaro Carpentier, Juan Carlos Onetti, David Vigar, Carlos Fuentes, Jhón Cortázar, Mario Vargas Llosa y Gabriel García Márquez.

Me acordaba de una vez que el texto de Walsh tenía exclusivamente fondo de significatividad política dejando de lado su dimensión literaria y no recordo qué era una lectura crítica sino cómo exponer públicamente la cuestión. En retrospectiva de una perspectiva de lectura desde entonces y después en el momento. Para, entre todo, hubo una circunstancia que provocó una situación inesperada para mí: *Operación*

Introducción

Tras los papeles de Walsh

Mi pensamiento y mi vida constituyen una sola cosa, un único proceso. Y si algún mérito espero y reclamo que me sea reconocido es el de meter toda mi sangre en mis ideas.

José Carlos Mariátegui

Entre abril y diciembre de 1986 dicté en el Centro Cultural San Martín un seminario con un título tan atractivo como desmesurado: "La novela en Latinoamérica". En ese período aún se conservaba un activo entusiasmo por el reciente regreso de la democracia; las actividades programadas en el Centro Cultural San Martín, por entonces dirigido por Javier Torre, convocaban a una asistencia tan numerosa que hoy, al recordarla, me genera asombro y una cierta envidia modulada por la nostalgia. En el momento de confeccionar el programa, tuve la ocurrencia provocativa de proponer la lectura crítica de *Operación Masacre* en un curso sobre la novela latinoamericana, alineando a Rodolfo Walsh, su autor, junto a Roberto Arlt, Alejo Carpentier, Juan Carlos Onetti, David Viñas, Carlos Fuentes, Julio Cortázar, Mario Vargas Llosa y Gabriel García Márquez.

Me guiaba la idea de que el texto de Walsh leído exclusivamente desde su significación política dejaba de lado su densidad literaria y me pareció que era una buena oportunidad para exponer públicamente la cuestión. La recepción de esa perspectiva de lectura desató adhesiones y disensos en el seminario. Pero, sobre todo, hubo una circunstancia que provocó una situación inesperada para mí: *Operación*

Masacre, un libro perseguido por tantas censuras, había sido celosamente conservado en sus distintas ediciones por sus consecuentes lectores en períodos distantes unos de otros —en aquel nutrido grupo de asistentes convergían varias generaciones—, lo que trajo como derivación que con el transcurrir de las clases se fueran haciendo cada vez más relevantes y significativas las notables diferencias entre las sucesivas versiones.

Si bien tenía conocimiento de que Walsh había ido introduciendo variantes en el texto a lo largo del tiempo, no había imaginado que eran de tal magnitud. Trabajaba en esos años sobre asuntos relacionados con la teoría de la lectura, lo que acrecentó mi deseo de profundizar en el tema orientándolo hacia dos direcciones. Por una parte, comencé la recopilación minuciosa de todas las informaciones y testimonios posibles vinculados con la investigación que Walsh había llevado a cabo para esclarecer los fusilamientos. Y por otra, me propuse emprender un estudio comparativo de las distintas ediciones de *Operación Masacre*, así como del conjunto de artículos de la campaña periodística de la que, originalmente, ese libro había formado parte, con el objetivo de establecer las variantes correlativas.

Ése fue el punto de partida de una búsqueda que, en su primera etapa, abarcó tres años en los que entrevisté a muchos de los que estuvieron vinculados con Walsh mientras investigaba los fusilamientos de junio: Máximo von Kotsch, el abogado de Juan Carlos Livraga, de quien recibe el primer testimonio de los sucesos; Ida Imas de Doglia, madre de Jorge Doglia, funcionario de la policía de la provincia de Buenos Aires que denunció a Desiderio Fernández Suárez por torturas y abusos en las comisarías y cárceles; Eduardo Schaposnik, consejero socialista en la Junta Consultiva de la provincia de Buenos Aires; Enriqueta Muñiz, que participó activamente en la investigación y a quien Walsh dedica *Operación Masacre*; el teniente de fragata Jorge Dillon, que dio su testimonio ante la justicia contra Fernández Suárez; Reinaldo Benavídez, sobreviviente de la masacre; Elina Tejerina, esposa de Walsh y madre de sus dos hijas; Wilfredo Rossi, miembro de la redacción del periódico *Revolución Nacional*; Bruno Jacovella, director de la revista *Mayoría*; Marcelo Sánchez Sorondo, director del periódico *Azul y Blanco* y de Ediciones Sigla; Poupée Blanchard, compañera de Walsh en el período de la investigación del asesinato del doctor Marcos Satanowsky y durante su estadía de La Habana; Lilia Ferreyra, compañera de Walsh desde la época del periódico *CGT* hasta su desaparición, y Patricia Walsh, hija del escritor, que me facilitó valiosa documentación para poder

elaborar un análisis más exhaustivo de algunas etapas de la historia de su padre.

También obtuve numerosos testimonios de familiares de las víctimas, de colegas de Walsh en su paso por la editorial Hachette y de miembros de la resistencia peronista que habían participado en los sucesos de junio de 1956. No hay un modo apropiado en que pueda hacer una síntesis acerca de las experiencias de vida con las que me vinculé. Las múltiples perspectivas que fui sumando me permitieron conjeturar con cierta precisión las íntimas relaciones entre escritura e investigación que tuvieron como resultado *Operación Masacre*.

Mientras tanto, mi exploración bibliográfica había comenzado en los viejos archivos de la Biblioteca Nacional en la calle México, con el paciente cotejo de los interminables repertorios de fichas de cartulina ajadas por el uso y el paso de los años. En las letras de cada palabra, delineadas con destreza artesanal, la continuación de su enlace no aparecía tan sólo como un elemento caligráfico sino más bien como un territorio donde se asentaba el valor lógico, puesto que el ligado de las letras en combinación con los intersticios entre las palabras acentuaba la idea de unidades insulares. La distancia de unas a otras y la unión o engarce entre las letras modelaban las palabras como grabados cuneiformes, individualizados y separados entre sí, claros y distintos, casi siempre trazados con un manejo diestro de la letra magistral inglesa.

Las fichas que correspondían a *Walsh, Rodolfo Jorge* exhibían, más que ocultaban, la ausencia de sus obras más conocidas. Cuando en algunos casos, a pesar de las sucesivas expurgaciones, había permanecido el registro, la papeleta de pedido regresaba con una respuesta dicha a veces con laconismo profesional, a veces con un dejo de preocupación íntimo: "No está en los estantes". De todos modos, había otras fichas ordenadas bajo ese rubro. Se podían encontrar y, quizá más allá del cambio de soporte, se pueden hoy encontrar: *Walsh, Rodolfo Jorge. Traductor: Young, Cliff, El dibujo del vestido de pies a cabeza*, Buenos Aires, Hachette, 1952; *Marshall, Daniel, El dibujo de la cabeza en el arte comercial*, Buenos Aires, Hachette, 1951; *Woolrich, Cornell, La novia vestía de negro*, Buenos Aires, Hachette, 1948; la lista es extensa. En aquellas circunstancias, tuve una imagen recargada de los que habían censurado o hecho desaparecer sus textos pues los veía en el acto mismo de desnudar su imbecilidad, su descomunal torpeza: habían dejado intacto, seguramente porque lo consideraron inofensivo, el rasgo que mejor define a Rodolfo Walsh, el de lector, un atento y riguroso lector que interviene constantemente en lo que lee; su escritura siempre

tuvo esa impronta, que en el sentido más amplio de la palabra se puede designar como la huella del traductor.

Esa huella, que los censores no pudieron percibir, es la inscripción ponderada por la que buscaba acercarme a su obra. En el rastreo tenaz de esa marca me he colocado fuera del cómodo abrigo de las disquisiciones genéricas, afirmado por entonces y ahora al correr de estas líneas, en la convicción de que los trazos indelebles de su escritura están íntimamente vinculados con un gesto incorruptible de comprensión histórica. Cada paso que daba, cada indicio que encontraba, me sostenían en la idea de que la obra de Rodolfo Walsh aparece como un espacio en el que se traman de modo indiscernible los registros discursivos y la sociedad que los produce; en el cuerpo de la letra se confabula la inevitable efectividad de los hechos y la utopía de la transformación social. Entre la libertad y la memoria, sus textos son, más allá de toda especulación, una elección ética.

Correlativamente, comencé un largo peregrinaje para lograr ubicar los ejemplares de las publicaciones de la campaña periodística que Walsh había llevado a cabo durante su investigación de la masacre de Suárez. Fatigué durante muchos meses los mostradores de las bibliotecas públicas y las mesas de librerías de viejo, asedié hasta el cansancio a coleccionistas de revistas políticas y a historiadores especializados en ese período. No era fácil hallar esos ejemplares de *Propósitos*, de *Revolución Nacional*, de *Mayoría* o de *Azul y Blanco*. Con el mismo criterio destructivo aplicado a las bibliotecas, las hemerotecas públicas habían sido expurgadas por los fieles servidores de las dictaduras, que arrasaron valiosas colecciones de revistas y diarios con el mandato de sustraer a la mirada de los lectores, ocultando o destruyendo todo aquello que, para su limitado entendimiento, merecía ser desaparecido.

A pesar de ello, tuve la inestimable colaboración de muchos bibliotecarios perseverantes que sentían como propia la mutilación del patrimonio cultural; ellos me acompañaron muchas tardes en la exploración de recónditas estanterías subterráneas a las que podían haber ido a parar esas revistas; algunas veces, las menos, esa tenacidad tuvo su recompensa; otras, apenas me iba con una incierta pista de un posible paradero.

Todos los caminos me llevaron a Rogelio García Lupo, amigo personal de Walsh y compañero de muchas de sus aventuras periodísticas. Ante todo, me alentó a seguir; había algunos resquicios que me faltaban escarbar, me dio datos, me facilitó contactos, me abrió la caja de Pandora de su memoria unánime.

Una de las pistas de García Lupo me condujo a Emilio Cafure, ofi-
cante destacado de la notable estirpe de libreros de usados que perse-
vera en Buenos Aires. Emilio me puso su hombro generoso y desinte-
resado para que pudiera completar la serie de publicaciones con los
artículos que componían la campaña periodística de Rodolfo Walsh.

Después hubo otras estaciones, un ir y volver sobre el texto; la exi-
gencia inquisitiva no tiene fin. Regresé una y otra vez sobre *Operación
Masacre*, estoy demasiado ligado a esas páginas como para imaginar
que puedo separarme de la memoria tramada entre mis ojos y su letra.

La escritura es sólo un instante, exige la insistencia de la mirada
para no desaparecer, la escritura demanda la solidaridad de la lectura;
por eso los diligentes cómplices de los asesinos no repararon en el
Walsh lector, el que vuelve una y otra vez sobre los hechos para com-
prenderlos, para asediar la verdad; el Walsh que revisa sus textos para
insertar su lectura, siempre otra, para rescribirlos; los censores habían
ignorado al Walsh lector, que descifra y escribe trastornando lo que lee,
el que traduce.

Ese traductor es el que hace un aporte decisivo a la conciencia polí-
tica de las generaciones de lectores que se confabulan con su escritura.
Walsh como escritor ha sido capaz de traducir experiencias que no le
pertenecieron, a tal punto que sus textos son una cifra de la deriva de
las series históricas más que revelaciones sobre hechos puntuales.

Los sucesivos artículos que fui escribiendo, las ponencias en congre-
sos literarios, los seminarios que dicté en universidades argentinas y
del extranjero, tratando de difundir la obra de Rodolfo Walsh, fueron
posibles por el apoyo de todos los que generosamente me alentaron para
sostener mis obsesiones. En los primeros años de mis pesquisas, tuve
un notable compañero de ruta, un crítico sagaz y un consejero implaca-
ble, Ramón Plaza, a quien le debo la generosidad de muchas intuicio-
nes disparadas con inteligente impunidad en medio de alguna conver-
sación urgente. Esas iluminaciones abrieron brechas audaces en las
barreras críticas y teóricas que me había propuesto atravesar para
apartarme de los modelos cristalizados con los que se suele encapsular
Operación Masacre.

En las páginas que siguen, retomo mi concepción de que los artícu-
los de la campaña periodística y las cuatro ediciones en libro de
Operación Masacre pueden ser leídos como un conjunto unitario al que
he nombrado con el término "corpus". La idea no implica la sujeción de
los textos que lo componen a un orden jerárquico que los subsuma y les
niegue autonomía; se trata, por lo tanto, de una construcción de mi
mirada crítica que privilegia algunas relaciones que se establecen

entre ellos. Una de esas relaciones, la imposibilidad de alcanzar una versión última y correcta de la historia, implica presentar a los lectores de la posteridad una perspectiva de participación activa en la construcción del sentido.

Para mí, seguir leyendo a Walsh ha sido una tarea indeclinable, probablemente porque me resisto a pensar que su escritura pertenece más al pasado que al futuro de la literatura y, sin embargo, no considero mi búsqueda como un ejercicio de nostalgia sino de deseo de un horizonte utópico.

En *Fusilados al amanecer*, he reformulado algunos de los textos que fui publicando a lo largo de estos años y, también, he agregado secciones completas con nuevos aportes, quizá, como prueba de mi excesiva inquietud.

Buenos Aires, Coghlan, abril de 2009

Bibliografía selecta

- BASCETTI, Roberto, *Rodolfo Walsh, vivo*, Buenos Aires, De la Flor, 1994.
- BOSCHINO, Adriana, Romina GARCÍA y Emiliana MERCÈRE, *Rodolfo Walsh del policial al testimonio*, Mar del Plata, Estanislao Balder, 2005.
- FORD, Aníbal, "Walsh: la reconstrucción de los hechos", en Jorge Lafforgue (comp.), *Nueva novela latinoamericana 2*, Buenos Aires, Paidós, 1972.
- JOZAMI, Eduardo, *Rodolfo Walsh. La palabra y la acción*, Buenos Aires, Norma, 2006.
- LAFFORGUE, Jorge, *Textos de y sobre Rodolfo Walsh*, Buenos Aires, Alianza, 2000.
- LINK, Daniel, "Rodolfo Walsh y la crisis de la literatura", en *Cómo se lee y otras intervenciones críticas*, Buenos Aires, Norma, 2003.
- RAMA, Ángel, "La narrativa en el conflicto de las culturas," en *Literatura y clase social*, Buenos Aires, Folios, 1983.
- VERBITSKY, Horacio, "El Facundo de Rodolfo Walsh", *El Periodista*, N° 2, Buenos Aires, 1986.



ISBN 978-950-786-779-8

ROBERTO FERRO

FUSILADOS AL AMANECEER

Rodolfo Walsh y el crimen de Suárez

Fusilados al amanecer fue el primer título que pensó Rodolfo Walsh, a mediados de marzo de 1957, para el libro en el que se proponía difundir su investigación de los fusilamientos ilegales de un grupo de civiles ocurridos en la madrugada del 10 de junio en un descampado de José León Suárez. El objetivo era esclarecerlos y denunciar la responsabilidad del teniente coronel Desiderio Fernández Suárez, jefe de policía de la provincia de Buenos Aires, y del gobierno de facto de Pedro Aramburu e Isaac Rojas. La escritura de Rodolfo Walsh parece estar movida por el sueño secreto de un cartógrafo lúcido y tenaz, que convencido de la inestabilidad del sentido del trazo no concibió su empresa como un sueño individual sino como un proyecto que se propone provocar en los lectores movimientos incesantes de perpetua inquietud.

Esa es la perspectiva en la que Roberto Ferro se sitúa al volver a leer *Operación Masacre* en los primeros años del siglo XXI. Se propone, asimismo, reflexionar sobre una distinta circulación de los textos que es una marca de época y, paralelamente, sobre la perturbación que su obra produce en el sistema de periodizaciones y taxonomías que la crítica literaria establece, lo que conlleva la ampliación del campo de significación a un tejido abierto con múltiples articulaciones. Hoy la lectura crítica de *Operación Masacre* abre la posibilidad de diseñar otros dispositivos de interpretación que revisen el entramado de tensiones que atraviesa y vincula literatura y política, por una parte, y ética y estética, por otra.

En diciembre de 1957, la aparición de la primera edición en libro de *Operación Masacre* constituye un punto de inflexión que deviene en corte o ruptura con lo pre-visto, una instancia decisiva en la que la palabra escrita interviene como crítica en la realidad, sin pretender constituirse en su repetición refleja, y, por lo tanto, provocando una crisis irreversible de los modelos de paralelismo y transparencia, con su pretensión de transmisores unívocos de un deber decir autorizado, que se legitimaba como la vía natural de la denuncia.

Editorial Biblos
Teoría y crítica